

colección rúbrica



DANIEL MARTÍN FERRAND



MARIENBAD

una distopía satírica

esstudio  
ediciones

## DÍA 1

No le apetecía abrir los ojos. Cada madrugada, que a su propecta edad no dormía mucho, al despertarse le gustaba quedarse con los ojos cerrados, conectado con el mundo solo mediante sus oídos y, levemente, su olfato. Sin abrirlos aún podía imaginar que era libre, incluso que aún era joven.

Un par de meses antes le habían detenido. A pesar de ser uno de los intelectuales más conocidos de la UENA (Unión Europea de Naciones y Adláteres), sus reiteradas infracciones del Código de Adecuación en las Expresiones para Anular la Posibilidad de Crear Ofensas, Especialmente a las Minorías y a los Poderosos (CAEAP-COEMP) habían obligado a las autoridades a tomarlo como ejemplo y así acabar con lo que, aducían, podía derivar en un intento de rebelión.

Salvador Monsalud, leyenda viva de las letras del antiguo y nuevo español/castellano/panocho —llamado legalmente panibérico—, nunca había querido instigar una rebelión. Todo lo contrario: la gente parecía feliz y él no tenía vocación de mártir. Pero era demasiado mayor para cambiar su manera de hablar, para reducir su vocabulario al mínimo, para estar constantemente concentrado y así evitar expresiones que se consideraban ofensivas, como mujer, extranjero o extraños, o modos

agramaticales que evitaban o aglutinaban los géneros que él había aprendido de niño. Él no rechazaba frontalmente dichas normas, por mucho que le repugnasen por dictatoriales y necias. Él solo se había negado una y mil veces a dejar de usar adjetivos, que eran la sal de su existencia. No había tamaña felicidad como ver algo bello, despreciar a un sujeto estúpido o deleitarse con un plato exquisito.

Pero, según su intuición, no le habían detenido —aún no sabía si estaba o no condenado— por eso. Anciano estafalario, lo de los adjetivos solo le convertía en una rareza exótica, incluso atractiva, de otra época. Le habían detenido por su incapacidad para asimilar el lenguaje inclusivo. No conseguía adaptarse a decir, por ejemplo, todas, todos, todes y todus; o buscar alternativas como, para el anterior ejemplo, la totalidad. Y, después de muchas meteduras de pata, la última había sido, al terminar una conferencia ante un grupo de estudiantes, todos hombres, de un Grado de Albañilería, soltar:

—Espero que todos tengan unas felices vidas.

Un agente de la Autoridad de la Igualdad por la Libertad de la Comunidad (AILC) le susurró al oído:

—Lenguaje de inclusión, por favor, Monsalud.

Este le respondió:

—Pero si son todos hombres.

—No lo sabemos —contestó el agente—, quizás alguno esté dudando de su sexualidad.

Al oír esto, más como un chiste que como un acto de rebeldía, Monsalud rectificó:

—Espero que todos ustedes tengan unas felices vidas, o vidos, o felizas vidas o felizos vidos.

No le detuvieron al instante. Su ocurrencia fue recibida con alborozo y risas, y en el cóctel posterior recibió gran cantidad de parabienes. Tres días después, cuando ya se había olvidado del suceso, tres Agentes Verdes de lo Políticamente de Corrección (AVPC), por la noche, como solían, aparecieron en su casa y lo detuvieron para llevarlo a un correccional cultural, donde llevaba residiendo desde aquel entonces.

Por eso prefería quedarse con los ojos cerrados, porque así podía olvidarse de hasta dónde había llegado el fanatismo de unos cuantos imbéciles. Estaba en un centro espartano aunque confortable, e incluso le dejaban llamar una vez por semana a sus dos sobrinos nietos, la única familia que le quedaba. Pero no podía salir; es decir, estaba preso. Y ese encierro, con un programa estricto que todo interno debía seguir, era lo que menos podía soportar aquel viejo defensor de la libertad.

Con los ojos cerrados, Monsalud gustaba de recordar viejos episodios de su larga vida. Su infancia, allá en los viejos tiempos de una España cerril y tan católica en las formas que ignoraba cualquier mínimo atisbo de cristianismo en su esencia; sus primeras lecturas en compañía de sus amantísimos padres; su amor por el campo y su creciente desconfianza por lo urbano que, empero, siempre fue su entorno de vida y aprendizaje; su pasión

por las letras, que culminó en una carrera de inutilidad aparente en el pragmático mundo pero que a él le sirvió de trampolín hacia una experiencia de muchos libros vendidos, clases bien pagadas en universidades extranjeras, un sinnúmero de conferencias y, ya en la senectud, un sinnúmero de premios y homenajes; la llegada de la democracia a España, por la que él no había luchado, y con ella las promesas de libertad —la diosa en la que él siempre había creído y por la que nunca había clamado fuera de sus escritos—; y cómo esas promesas devinieron en utopía, en su apartamiento del gran mundo, pues cada vez se sentía más como un Don Quijote con la terrenal lucidez de Sancho Panza; las ideas y venidas de la fortuna en el terreno amoroso, paraje donde nunca terminó de ser feliz por su incapacidad para comprometerse o, como él se decía, para aceptar la felicidad que trascendiese su propia alma; el cambio de siglo, el caos fruto de internet y la revolución digital, que había creado una sociedad fofa y amorfa en donde desapareció la excelencia, y la masa impuso una serie de gustos tan chabacanos como potencialmente peligrosos; la imposición del pensamiento de unos pocos bienintencionados que, sin embargo, se ofendían como talibanes por las menores chorradas; la reacción de los caraduras con ideas tan antañonas que ni él recordaba haber visto ni oído en su más tierna infancia; la imparable polarización de la sociedad; el ocultamiento —¿el entierro?— del sentido común; el apagón de las voces moderadas bajo el grito de las enfervorecidas e irascibles multitudes;

la aldea global, tan cateta como el pueblo manchego de su madre; la pandemia del Covid-19; la primera guerra de Ucrania; la gran crisis del 29; el hambre; el caos; las Grandes Catástrofes... la llegada del Nuevo Sistema (NS) con sus nuevos modos...

Y en todos estos recuerdos, tintados algunos de dulce añoranza, acompañados otros de amarga impotencia, y unos pocos de atribulado pánico, siempre pesaba enormemente el sentimiento de su propia soledad, del desamparo de ser un viejo romántico amante de la libertad, esa facultad que nos hacía humanos pero que tan pocos habían sido capaces de comprender, y muchos menos de admitir en su totalidad; es decir, su necesidad de ser omniabarcante, porque, pensaba Monsalud, uno era libre en la medida en que todos los demás también lo eran.

Pero no podía pasarse la jornada con los ojos cerrados. En el centro había unos horarios rigurosos... y su moral kantiana le impedía no cumplir con su deber. Así que los abrió... y vio de nuevo la no-decoración de su habitación, un rectángulo feo de tan adusto, en colores crema, que la psicología afirmaba que son los que más calman el alma humana, y que a Monsalud recordaban una sábana vieja y deslucida.

Se levantó, duchó y afeitó, como venía haciendo desde su juventud. Luego salió al pasillo de su pabellón, intrincado laberinto bien ordenado en octógonos idénticos y machacones, diseño que con bastante probabilidad tenía la intención de inducir subliminalmente los principios del pensamiento único que los allá encerrados —que, según el

reglamento, eran «internos por voluntad»— tenían que aprender, asimilar y aplicar.

Para guiarse por aquellos pasillos y llegar al refectorio, también octogonal, había unas flechas indicativas; pero Monsalud conocía bien el camino. Siempre que andaba por aquel galimatías geométrico pensaba en que, si las habitaciones eran rectángulos y cada sección un octógono, quedaban huecos; ignoraba si por impericia del arquitecto o si para cobijar cuartos desde los que espiar a los internos. La lógica dictaba que esta segunda posibilidad debía de ser la correcta; pero Monsalud ya tenía suficiente experiencia para saber que la conexión lógica-humanidad era casi siempre una quimera. Además, tamaña red de vigilancia supondría unos ingentes costes en material y obra, y el gasto público en este Nuevo Estado (NE), asistencial y paternalista, ya dedicaba más de lo disponible a financiar Partido, Sindicatos y OMG (Organizaciones Muy Gubernamentales) varias.

Llegó al refectorio, gigantesco octógono de paredes blancas de unos 8 metros de altura, un espacio amplio y diáfano que, pese a todo, le daba cierta sensación claustrofóbica. A pesar de lo gigantesco de las instalaciones (8 pabellones de dormitorios, de 4 pisos cada uno, más el colosal pabellón central) había muy poca gente, apenas venían nuevos, y en dos meses no había visto a nadie terminar la reeducación y salir del centro. Según un rumor, entre lo carcelario y lo cotillo-vecinal, así, en aquella amplitud de atmósfera desértica, el residente sentía de forma plena la soledad del que no seguía la doctrina

imperante. «Trucos groseros de psicología barata, aunque quizás eficaces», pensó Monsalud.

Sin hacer cola pasó por el bufé robotizado para hacerse con el saludable desayuno diseñado según los dictados del Ministerio de Ecología y Tolerancia Cero con los Negadores del Cambio del Clima (METCNCC): pan integral de espelta, mermelada de ciruelas ecológicas e insípidas y leche sin lactosa, sin calcio, sin color ni procedencia animal (más bien de dudosa procedencia; aunque aquella mañana se decía que era leche de malta). Como cada mañana, todo tenía un aspecto poco apetecible y un sabor que, en pensamiento de Monsalud, debía de ser el de la nada... si esta tuviese sabor.

A pesar de la inmensidad del espacio, o precisamente por la misma, la escasa veintena de internos del Pabellón 8 se sentaba siempre en las dos mesas más alejadas del bufé. Aunque estuviese prohibido hablar durante el desayuno —según la doctrina de la comida consciente, los invitados tenían la obligación moral y legal («Como si se pudiese obligar a pensar en lo que ellos quieren», pensaba Monsalud)— de reflexionar, mientras comían, sobre lo aprendido y, sobre todo, sobre los aspectos en los que podían y/o debían mejorar para reinsertarse en la Nueva Sociedad (NS o, en meditaciones de Monsalud, Sociedad Incivil), se sentaban en compañía, buscando la proximidad de los otros. Así, cada uno de ellos, hasta el más introvertido y tímido, intercambiaba una mirada con todos los demás a modo de buenos días; pero, sobre todo, como una manera de



asegurar a los compañeros que nada extraño había sucedido durante la noche.

Monsalud se sentó en la mesa de los veteranos: aquellos que, por su mucha edad, habían sido castigados por su incapacidad para adaptarse a los Nuevos Tiempos (NT). La otra mesa la ocupaban aquellos que, solo un poco más jóvenes —de unos 50 o 60 años—, por inexperiencia u obstinación, se negaban a aceptar los modos de hablar y actuar que se imponían desde el Gobierno. No había ninguna directriz que les obligase a formar aquellos dos grupos, incluso había un fenomenal ambiente entre ambos, pero alguna razón más biológica que generacional o ideológica los invitaba a dividirse de aquella manera, pues en una sola mesa no cabían todos.

Después de «mirar» los buenos días a sus compañeros, Monsalud comenzó a comer, más por alimentarse que por placer. Ya había dejado de añorar el sabor de una buena comida y ahora, contraviniendo las normas, pensaba sobre todo en cómo le iban pesando los años. La pierna izquierda, por ejemplo, llevaba martirizándole un par de días. Y su cabeza, como rendida, empezaba a fallarle; él, gran dominador del verbo en todas sus facetas, notaba cómo comenzaban faltarle no solo las palabras sino también las ideas y, sobre todo, la voluntad. Intuía que ya le quedaban muy poquitas ganas.

Una vez desayunado, salió al patio delantero del pabellón a fumarse un cigarrillo —después de 20 años de abstinencia había vuelto a fumar el día en que lo encerraron; pues, si iba a la cárcel, había que hacerlo bien—

y charlar con los otros internos fumadores, como Peter, el que hasta ese día podía considerarse como su mejor compañero en la residencia. En principio, estaba prohibido entablar relaciones demasiado estrechas —en todos los sentidos, no solo sexuales—, y para eso estaba previsto cambiar a los internos de pabellón cada semana; pero eso requería medios y esfuerzo... y prácticamente no se hacía nunca. Él, por ejemplo, no se había movido del Pabellón 8. Monsalud no podía sino disfrutar de aquellas ironías, tan españolas, que por doquier salpicaban las formas y funcionamientos de la Unión de Europa y del Norte de África (UENA)<sup>1</sup>.

Peter, que era de Jaén a pesar del nombre, era algo más joven que Monsalud. Catedrático de Fundamentos Jurídicos sobre Derecho de los Romanos (FJDR), que era la base en la que no podían basarse las nuevas (ni las antiguas) leyes de la Nueva Sociedad (NS), había sido una prestigiosa figura de la Universidad Catalana de Madrid (UCM) hasta que se había negado a incluir un añadido que el Ministerio de Expresión y Maneras de Equiparación para Zelotes (MEMEZ) recurrentemente le había sugerido (lo que entonces, si por parte de las autoridades o adjuntos de la Nueva Sociedad [NS], equivalía

---

<sup>1</sup> No había acuerdo unánime sobre qué significaba exactamente UENA. Del Norte de África solo pertenecían a la ídem unas pocas ciudades, como Ceuta, Melilla o Tánger; pero algunos preferían este significado porque mostraba la voluntad internacionalista del Nuevo Sistema (NS). (*Nota del autor. También las siguientes, salvo que se indique lo contrario*).